

lenguaje de todos; una sociedad que creía dirigirse á un porvenir dichoso enflaqueciendo los ánimos y enervando el carácter; una situación política que no ofrecía ninguna de las grandes cosas, el deseo de las cuales desarrolla las grandes facultades; un anhelo de mejoras que se asustaba apenas tocaban éstas en puntos esenciales. En tal situación que solo un grande orador puede presentar la como un siglo de oro, sorprendió á Italia la revolución.

y á poner de manifiesto el descarado irreligioso, y el cinismo repugnante de Caracciolo.

Un día se le presentaron dos capuchinos y le dijeron: "sabiendo nosotros que V. E. es muy devoto de San Francisco, hemos venido á pedirle una limosna." Caracciolo les contestó: "No me acuerdo haber comunicado á nadie esta mi particular devoción;" y entre tanto, estuvo mirándoles de hito en hito, y al cabo de poco rato les dijo: "Me causa mucha maravilla el pensar que un descamisado como San Francisco haya tenido el gran talento, no tan solo de vivir él á costa de los tonos, sino de dejar una rica herencia á otros sesenta mil descamisados como él, que viven regaladamente en toda Europa porque profesan sus principios." Esta desfachatez y otras semejantes que rayaban en la impiedad, le atrañeron justamente el odio de las personas timoratas y de todo el clero, quienes á pesar de que admiraban sus actos de justicia, no podían menos de desaprobárle ágríamente su ostentación irreligiosa y su descarado cuando se hablaba de los santos más eminentes del catolicismo.

Para dar á conocer su mucha despreocupación, también en lo que tocaba á su persona, bastará el hecho siguiente. Un hombre que le tenía ojeriza, espuso en un memorial á S. M. que el virey Caracciolo incrédulo y de costumbres muy relajadas, había violado á una doncella, engañándola con artes muy seductoras. Este memorial no podía llegar á Nápoles sino por medio de la secretaria de Estado del reino de Sicilia; así que debía necesariamente pasar por mano de Caracciolo, como sucedió. Pero aquel virey, que tenía á la sazón más de setenta años, y que lleno de achaques no podía ni siquiera andar sin una persona que le sostuviera, al leerlo, conociendo que no hallaría eco en Nápoles, porque tenía en contra suya la imposibilidad física, y sintiendo aun más el peso de su vejez que el ser calumniado por cosas semejantes, escribió de su propia letra al márgen del memorial: ¡Ojalá!... y le envió á Nápoles.

Caracciolo lució sobremanera y se portó como gran político cuando abolió la inquisición de Sicilia. Conociendo que aquella institución era un edificio carcomido y contrario á los tiempos, mandó, sin acudir á medios indirectos é ilegales, un oficio al arzobispo de Palermo, que era el supremo inquisidor, esponiéndole en términos respetuosos que las leyes del reino prohibían los trámites secretos en los juicios, y que por lo tanto se hallaba obligado á suprimir aquel tribunal, si los inquisidores se negaban á revelar el secreto. El arzobispo contestó que valía más abolirlo que

LOS JACOBINOS EN ITALIA.—PRIMERAS ARMAS DE NAPOLEON.

El primer estallido de la revolución francesa dió á conocer á los monarcas de la península itálica cuán errados anduvieran en haber destruido las ideas antiguas y nacionales, pues que obligados á la resistencia, no tenían más apoyo que la fuerza material. Avezados los pueblos á recibir las innovaciones sin ponerlas en tela de juicio ni estando aún maduros para ellas, debía esperarse que las acogieran con alegría, ó á lo menos sin obstáculo, cuando viniesen á torrentes y en apariencia halagüeña (1).

Todos los príncipes tenían igual susto pero no igual resolución, pues no se atrevieron á hacer aquello que habría podido salvarlos, esto es, una alianza defensiva á la manera de la de Pilnitz y la cual la proponía Pío VI. Nápoles estaba enemistada con la corte pontificia por la hacanea; Venecia no quería perjudicar su comercio; y al Austria nunca le agrada nada que se parezca á la unión de voluntades en Italia. Sintiendo incapaces de resistir, habrían debido á lo menos permanecer pasivos, pues que el Piamonte veía

pedir una cosa á que los inquisidores no podrían acceder, porque estaban ligados por espreso juramento á no revelar nunca el secreto. Entonces Caracciolo lo abolió.

No observó la misma conducta con respecto á dos fiestas muy populares de Sicilia, á saber: la de Santa Rosalia en Palermo y la de la Virgen de la Carta en Mesina. Quería reducir la primera, que se celebra en cinco días, á tres, y abolir la segunda. En esta circunstancia, estalló una especie de tumulto en ambas ciudades, y el gobierno de Nápoles se vió obligado á dar una satisfacción al público siciliano, desaprobando la conducta del virey.

Acerca de la Memoria que escribió Caracciolo sobre los granos, mencionada por César Cantú, queremos advertir á nuestros lectores que aquella obrita, aunque pertenece por el fondo de las ideas á Caracciolo, fué redactada por el canónigo don Agustín Decosmi, filólogo siciliano de algún mérito.

Lo que dejamos consignado en esta nota lo hemos entresacado de algunos apuntes manuscritos sobre Caracciolo y su vireinato, depositados en la biblioteca pública de Palermo.

[Nota del traductor.]

[1] Este sentimiento de debilidad traspiró en la obra sobre *Los derechos del hombre* que se mandó escribir entonces á Spedalieri para atenuar los efectos de los libros extranjeros, obra de flaca transición sobre las ideas de moda y las combatidas. En ella se consolida el principio de que la sociedad está basada sobre un pacto social sin que Dios intervenga directamente en él; que la nación que firmó este pacto puede declarar depuesto al monarca que la infrinja, esto es, que se convierta en tirano; y en fin, que la religión cristiana es la tutora suprema de los derechos del hombre.

amenazada á la Saboya; y Nápoles podía ganar suministrando á Francia los aceites y jabones que le faltaban á consecuencia de los desastres del Mediodía, y los granos que de otro modo tenían que traer los franceses de Levante. Pero prevaleciendo más bien la política de sentimiento que la de la razón, consideraron con especialidad lo que debían á los lazos de parentesco y al peligro común de los tronos, y se armaron contra la república. El duque de Módena, último de los miembros de la familia de éste tan celebrada por los vates, heredero del fausto y pompa de sus mayores, se había preparado á la borrasca que preveía, guardando un considerable tesoro en su arca. Toscana, sumida en una suavísima esclavitud, participaba de las ideas francesas, y el gran duque, aunque austriaco, fué de los primeros en reconocer la república, y su ministro Carletti se hizo en París sospechoso por su exajerado patriotismo.

La situación de los pueblos á la sazón no era envidiable, pero tampoco estaban atortados por los padecimientos que sufría el de Francia: los príncipes habían igualado la condición de los bienes; en unos puntos se habían roto y en otros aflojado los lazos feudales, mitigándose ó aboliéndose los servicios corporales; los jansenistas habían dado una gran sacudida á la autoridad pontificia, pero continuaba por hábito y por simpatía la adhesión á la religión, y la incredulidad era efecto más bien de vicio que de reflexión, así como la independencia del pensamiento procedía de un libertinaje de costumbres más bien que de una ilación de argumentos filosóficos. Las lógicas masónicas venían á reducirse á festines y actos de beneficencia más que á planes políticos: los intrigantes enviados para ponerlas en movimiento eran tan solo escuchados por aquellas personas que habían perdido toda esperanza de mejorar su suerte; y los pocos innovadores no osaban mostrarse delante de los conservadores, cuyo número iba cada día en aumento desde el instante en que se vieron degenerar en atroces consecuencias los santos principios que se proclamaban.

El primero en sentir el peligro, á causa de su inmediatez á la escena revolucionaria, fué el Piamonte. Víctor Amadeo III que tenía cuarenta y siete años cuando se sentó bajo el régio dosel de Cerdeña [1773] y que estaba muy mal prevenido contra los ministros de su padre, destituyó á todos y especialmente á Bogino. No aborrecía las innovaciones, pero en plena paz prodigó grandes sumas para mantener soldados hasta que llegó á arruinar su hacienda, y dió nuevo vigor á la aristocracia admitiendo solamente á los nobles en los empleos del ejército. Este monarca mejoró las carreteras y el puerto de Niza; y aunque decía que estimaba más á un tambor de regimiento que á un sabio, aprobó el establecimiento de la academia de ciencias, fundación particular de Lagrangia,

Saluzzo y Cigna, dotándola con bienes de abadías secularizadas; reconoció la existencia legal de la sociedad de agricultura, vedó los entierros en los templos, y por consejo de Gerdil prohibió también á los estudiantes que fuesen á cursar á Pavía, infestada de jansenismo. Ligóse aun más con los Borbones, contrayendo matrimonio con una hija de Felipe V, y haciendo desposar á su hijo con una hermana de Luis XVI y haciendo desposar con dos de sus hijas á dos hermanos de éste. Seguía en todo la política de sus abuelos; se complacía en aparentar magnificencia, y tenía una deuda de ciento veinte millones. Creyó que era de su deber como buen católico, como monarca y como patriota armarse contra la revolución; dió asilo á los emigrados, que establecieron en Turin un foco contrarrevolucionario, y se puso de acuerdo con las demas testas coronadas acerca de los medios de sofocar aquel incendio, que él creía momentáneo, y destruir las esperanzas que en la península itálica se manifestaban ya con palabras, ya con algún otro movimiento mal reprimido.

Instigado por los extranjeros y por el nuevo emperador de Austria (15 de Setiembre de 1792), tomó la ofensiva y puso en estado de guerra la Saboya y Niza. Los franceses enviaron á Semonville para proponerle una alianza; pero Víctor Amadeo ni aun quiso oírlo, y desde el Iser al Var se preparó á invadir la Francia. Pero en breve fué ocupada la Saboya por Montesquieu, habiendo abandonado Lazari sus posesiones, y Niza fué también tomada por la escuadra, dando lugar este hecho á excesos y venganzas, efecto del odio que la población tenía á los franceses. El ejército sardo en toda Europa fué culpado de cobarde antes de que se viera á otros muchos huir de aquellos héroes improvisados. Onella, punto céntrico de la piratería contra Francia, descargó tiros á un buque enviado con proposiciones, por lo cual el almirante Turguet la bombardeó; toda la gente huyó; los frailes, que creyéndose inviolables se habían quedado, fueron todos pasados á cuchillo, y la ciudad pereció entre las llamas. Los emigrados que se habían refugiado en Saboya huyeron violentamente hacia Turin, y tan solo algunos montañeses se defendieron con los Barbeti; pero cuando Montesquieu fué destituido por la república porque había puesto coto á los asesinatos que se perpetraban en Niza, y cuando las frias atrocidades de Robespierre exasperaron los ánimos, la coalición se propuso invadir la Francia, creyendo que los pueblos se sublevarían contra la tiranía republicana. Sin embargo, el prusiano Kellermann á la cabeza de cincuenta mil franceses, se fortificó en los Alpes saboyanos y marítimos, y los nuevos métodos de guerra desconcertaron los planes de los aliados, cuyos movimientos eran lentos y arreglados á la táctica antigua.

La república Ligure se veía precisada á

guardar circunspeccion por motivo de los grandes capitales que sus negociantes tenían en Francia. Por otra parte no se atrevia á unirse al Piamonte sabiendo que desde mucho tiempo codiciaba la casa de Saboya su posesion, ni tampoco queria adherirse al Austria, cuyas cadenas habia quebrantado; de manera que se mantenía neutral entre las pretensiones encontradas de Francia é Inglaterra. Esta última singularmente, abusando de su superioridad, se apoderó por traicion en el mismo puerto de Génova de la fragata francesa *Modeste*, é intimó á los genoveses que cortaran toda comunicacion con Francia y no recibiesen ninguno de sus navios, abuso inaudito de la fuerza. Es de considerar tambien que los corsos, habiendo enarbolado el pabellon inglés cebaban sus antiguos odios molestando con sus piraterías las costas de la república.

En Córcega la asamblea constituyente habia levantado el destierro á Paoli, que recibido en triunfo en Paris y por toda Francia (1), volvió á su patria, y esperando que recobraría su libertad por mano de los mismos franceses, que la habian agobiado con las cadenas de la esclavitud, recomendaba la moderacion y la concordia [2]. Los revolucionarios traspasaban todos los límites; pero Paoli desconfiaba cada dia mas de aquella libertad exótica, porque veia á Francia

(1) Paoli escribia: "Quisiera que alguna vez los individuos de la asamblea fuesen menos elocuentes y menos filósofos. La magna carta de los ingleses está comprendida en pocas líneas y el *Bill of Rights* es tambien muy breve; pero estos monumentos y bases de la libertad británica no fueron redactados despues de pocas horas de meditacion. Buscando lo mejor, temo que se espongan á perder lo bueno. Desprecian la constitucion de este país y aspiran á la de los actuales americanos; levantan á Calcedonia en frente de Bizancio. Si la constitucion inglesa tiene algunos defectos, fácilmente pueden ser remediados y lo van siendo diariamente; pero los franceses quisieran hacerlo todo de una vez y nada han hecho hasta ahora que no pueda deshacerse de un solo golpe. . . . En todas partes parece que el pueblo quiere ser libre, y acaso lo seremos tambien nosotros, como los franceses á lo menos."

[2] "Prefiero sobremanera la agregacion á las demas provincias francesas á una libertad independiente, porque ó se nos privaria de ella, ó alguno la venderia y se erigiria en tirano. Ahora puede decirse lo que voy á manifestar: cuántas veces, acaso por tentar mi ambicion, no se me ofreció á mí la soberanía de la isla? Pero otro podria dejarse llevar y aprovecharse de tales tentaciones en circunstancias para él favorables. Mas seguros estamos de conservar nuestra libertad teniéndola como una de las provincias de Francia: el campo es mas estenso. Además, lo que me consuela y me llena de entusiasmo es que podemos, tener representantes en la asamblea que un dia ha de dar la luz y la norma á toda Europa. El espíritu de nuestros corsos tendria

sumirse en una impiedad sanguinaria (1): temia además que ésta vendiese la Córcega á Génova ó la trocase por Plascencia, pues conocia que en aquel país prevalecian los intrigantes, los calumniadores, los ladrones, que suelen medrar en las revoluciones (2).

entonces un grande objeto á que dirigirse; no se les mirará, pues, como viles abyectos, y podrán en venganza de los pasados agravios reconvenir á los senadores genoveses ya muy inferiores á ellos. ¡Y quién sabe si un dia los elocuentes oradores no hundirán los tronos de los déspotas! ¡Qué nuevo campo abierto al comercio!"

(1) 8 de Enero de 1792. "Jamás habria creido que veintiun años de despotismo hubieran podido destruir tantas virtudes públicas como habia hecho brillar en poco tiempo la libertad en nuestro país. ¡Ojalá hubiera muerto cuando recibí la noticia de que la Francia habia concedido generosamente la libertad á nuestra patria! De pocos se habria podido decir que hubieran cerrado los ojos para entregarse al último sueño con tanta fortuna como yo. ¡Qué funesto porvenir se presenta ahora á mi mente! Ya veo que para hacer valer las leyes tendremos necesidad de una autoridad local que mantenga el equilibrio entre los diferentes cuerpos administrativos y vele para evitar sus faltas y abusos. Estamos muy lejos del centro del movimiento. El poder lejano no ve el mal; y si lo ve escribe cartas elocuentes, ineficaces en los ánimos llenos de ignorancia y codicia que no tienen en la cabeza mas que el objeto que desean. Desconocidos para el mundo y sin conocerse á sí mismos no pueden tener idea del verdadero honor y mucho menos el de la verdadera gloria. El otro dia la gentualla de Bastia decia:—El general quisiera conservar su nombre á grande altura conservándonos la libertad aunque la Francia la perdiese; pero este es un proyecto que no conseguirá: nosotros queremos en todo caso, aun cuando la monarquía pierda la libertad, vivir bajo la monarquía.—*O gentem, servitutem natam!* ¡Ah cuanto deploro la pérdida de tantos mártires que á mis órdenes derramaron su sangre por dar la libertad á un pueblo tan indigno de ella. . . ."

(2) 23 de Enero de 1793. "He leído varios artículos de periódicos, y me parece que están escritos espresamente con la idea de poner en duda nuestra adhesion á la libertad. Yo quisiera preguntar á estos señores, si habiendo ellos sospechado de nosotros á pesar de haber mamado con la leche el amor á la libertad y á la igualdad del cual hemos dado tan manifiestas pruebas, y por el cual hemos sufrido tantos males, nos será lícito por nuestra parte dudar de las intenciones de ciertos patriotas, cuyos sentimientos liberales no cuentan mas de tres años de fecha, y que ni han derramado su sangre por la patria, ni sufrido destierros, ni perdido sus bienes.

"Nuestra gente comienza á abrir los ojos. Parece que se quiere tener á la Córcega dividida en partidos, y por lo general quien resuelve desde lejos se fija siempre en lo peor. Deseo un poco de tranquilidad para la nacion francesa, porque no sé vivir por mas tiempo en medio de un torbe-

Paoli acusado por sus compatriotas se encontró en el duro trance de deberse disculpar ante Marat y Danton. Indignada Córcega de procedimientos semejantes y harta ya del terror, se rebeló; los aliados trataron de escitar á Paoli á romper con Francia, y éste les prometió que los secundaría apenas los navios de la Gran Bretaña unidos á los españoles se presentaran, como se esperaba en el Mediterráneo. En éste, sin embargo (1793), dominaban los franceses, y su almirante Turguet fué enviado á ocupar la Córcega. Los sardos se defendieron intrépidamente y le rechazaron; con lo cual habiendo cobrado ánimo Paoli, efectuó la sublevacion en regla, espulsó á los comisarios de la república, y para consolidarse se ofreció á Inglaterra.

Entre tanto los aliados con Colli y Dellera sitiaban á Niza, confiados en que los ingleses acababan de presentarse en campaña; los cuales obligaron al monarca napolitano á manifestar claramente sus intenciones, amenazaron á Toscana que se mantenía neutral, y obligaron á Génova á inclinarse á sus voluntades, queriendo casidar á entender, con observar semejante conducta, que pretendian apoyar en buenas razones la guerra europea. Venecia acogió en Verona á Luis XVIII, que desde allí dirigía los movimientos de los realistas; pero al recibir la intimacion del gobierno frances, se apresuró á retirarle la hospitalidad. Austria, sin declarar las hostilidades, habia violado el territorio de los Grisonos para apoderarse de Semonville y de otros embajadores, que Francia enviaba á Turquía y á Venecia [1].

Roma, capital del orbe católico, y que lino tan sucio y corrompido. Desde lejos, ó no verá los males de la patria, ó me parecerán mucho menos. Teniendo las cosas ante la vista se me hacen todas mas penosas de contemplar. . . ."

[1] En el libro IX de mi *Historia de la diócesis de Como*, cuento estensamente el hecho. De las declaraciones del mismo Semonville y de su elogio pronunciado por el varon Mounier en la cámara de los pares el 7 de Febrero de 1840, resulta que estaba mal visto de los revolucionarios cuando fué llamado de Córcega. Para salvarlo se fingió que llevaba una mision para Constantinopla; pero en realidad debia dirigirse á la Toscana con grandísimo secreto, á fin de tratar con ésta y con Nápoles de la manera de salvar el resto de la familia real. Danton mismo, viéndose próxima la ruina de su partido, queria prepararse un refugio cerca del trono, y con este objeto enviaba á Semonville á Toscana, á Maret á Nápoles, y con ellos á Montholon, hijo adoptivo de Semonville, que habia hecho sus primeras armas en Córcega á las órdenes de Napoleon, y que debia recoger las últimas palabras de éste en Santa Elena. Pero sucedieron cosas entonces, que frustraron todo el plan.

veia renacer en Pio VI el esplendor de los Médicis, se asustó al contemplar el espectáculo de una revolucion que era el producto de doctrinas impías, interrumpió sus grandiosos trabajos, y ofreció generoso asilo á las víctimas; pero no quiso con un proceder impetuoso provocar los sacrílegos furios de los revolucionarios. Sin embargo, cuando vió destruida la religion, asesinados los clérigos, destituidos los obispos, condenado el monarca al último suplicio y amenazado su propio poder en las canciones patrióticas, que anunciaban la invasion de nuevos galos contra la Roma clerical (1), lanzó su excomunion contra la república, y la plebe incitada al efecto, asesinó á Hugo Bassville "enviado por la república francesa á las orillas del Tiber con objeto de promover incendios impíos." Imagínese ahora si en Francia se alzarían gritos hasta las nubes por este hecho, y si dejaria de jurarse de tolerar la impunidad de este asesinato.

Nápoles se dejaba llevar por los impulsos caprichosos de Carolina de Austria, hermana de María Antonieta, y por tanto enemiga implacable de los franceses, contra quienes atizaban el fuego Acton y los ingleses sus compatriotas, que esperaban reducir aquel importantísimo reino á la condicion de protegido suyo, y á decir verdad, éstos lograron su intento. Pero el miedo, que suele infundir sentimientos crueles en el corazón de los hombres, hizo crear en Nápoles una junta de Estado contra los parciales de las innovaciones francesas, la cual juzgaba desapiadadamente. En efecto, fueron condenados veinte mil reconocidos como reos; cincuenta mil como sospechosos, y tres fueron enviados al suplicio, de los cuales el mayor tenia veintidos años.

Carolina queria destruir aquella añeja preocupacion que hace reputar infame al delator y llenó de espías el país y de reos y sospechosos los horribles calabozos del castillo de Saint-Elmo y de Mesina. Entre tanto puso en juego todos los medios que estaban á su alcance para recoger dinero: se apoderó de la plata de las iglesias, despojó á los bancos públicos, reunió muchísimas armas, y hasta treinta y seis mil hombres armados, ciento dos buques de todos tamaños con seiscientos diez y ocho cañones y ocho mil seiscientos

(1) En el himno de Andrés Chenier se cantaba:

Disparaissez, prêtres impurs;
Fuyez impuissantes cohortes;
Camille n'est plus dans vos murs,
Et les Gaulois sont à vos portes.

Desapareced, clérigos impuros,
Huid, cohortes imponentes;
Camilo no está ya dentro de vuestras murallas
Y los Galos están á vuestras puertas.

hombres de tripulación. En esta ocasión se alistaron muchos acosados por el hambre. Después (Agosto de 1793), á pesar de la neutralidad prometida, hizo alianza con Inglaterra, y los buques napolitanos corrieron á participar del botín de Tolón, si bien hubieron de volverse sin ningún provecho, y después de haber gastado sumas considerables.

En aquella época del terror, se rebelaron muchísimas provincias meridionales de Francia, y si el Piamonte se hubiera unido á los lioneses, á los provenzales y á los demás girondinos y federalistas, habría hecho el primer papel en aquellas tentativas, y acaso habría cambiado también la suerte de Francia. Pero al monarca le repugnaba el unirse con republicanos: los jacobinos ahogaron en sangre aquellos movimientos: Kellermann lanzó de Saboya á los piamonteses, y un ejército, entrando por la ribera de Génova, tomó á Ventimilla y Onella, abriéndose así las puertas del Piamonte, sobre el cual caían también desde el Cenis otros ejércitos victoriosos á quienes solo retenía en su marcha la fortaleza de la Brunetta. Saorgio, fuerte inexpugnable, retardó un tanto sus progresos en la Liguria, pero tuvo que ceder, y los franceses ocuparon la garganta de Tenda. Los reyes espantados multiplicaron sus esfuerzos, y entretanto se prendía, se degollaba, se redoblaba la vigilancia, y se prohibía toda comunicación, aun literaria, con los franceses. Pero el monarca napolitano no pudo enviar socorros por haberse descubierto una conspiración en su reino; Austria mandó unos cuantos regimientos, y Francia los atacó inmediatamente en el campo de Dego (Setiembre de 1795), obligándolos á retirarse.

Abatido finalmente el partido del terror, Francia parecía inclinarse á una reconciliación con los demás gobiernos de Europa; pero el Piamonte y Austria continuaron peleando con obstinación entre los Alpes y la Riviera, porque su guerra tenía por objeto destruir los nuevos principios políticos. La Francia, habiendo hecho la paz con Prusia y con España, envió á Scherer con un poderoso ejército á Italia, el cual, auxiliado por Massena y Serrurier, derrotó en Loano al general austriaco Colli, tomándole toda la artillería y los bagajes; y vencidos y vencedores talaron el país. Austria puso entonces al frente de sus ejércitos á Beaulieu, y Francia nombró para mandar los suyos á Napoleon Bonaparte.

Era éste hijo segundo de una familia patricia de Córcega (1) que con Saliceti abogaba

[1] Los climáticos notaron que en 1769 nacieron Napoleon, Wellington, Walter Scott, Canning, Chateaubriand, Soult y Mehemét-Ali (a).

[a] Nació también en el mismo año en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, un dómine muy célebre por una nueva cartilla que dió á luz y por los azotes desapiadados que daba á sus discípulos.

[Nota del traductor.]

en favor de Francia, por lo cual fué proscrita cuando triunfaron los partidarios de Paoli y Pozzodiborgo. Los Bonapartes se trasladaron á Marsella, donde madama Leticia, que habia quedado viuda, vivía muy humildemente: sus lindas hijas hacían las faenas de la casa, y sus muchos hijos hacían eco á los principios que proclamaba la época. Entre ellos Napoleon, educado por un tío cura, escribía en sentido jacobino y se firmaba Bruto Bonaparte [1]. Alistado en las filas del ejército comenzó á señalarse en la toma de Tolón como artillero, y después apaciguando sangrientamente un motín en París. Cuando el Directorio se halló en grandes apuros por falta de dinero, pensó en invadir el Austria á fin de que las tropas vivieran en territorio enemigo; algunos propusieron dirigirse desde luego á Viena, y las campañas siguientes mostraron cuán posible habría sido dar este golpe, que habría terminado de una vez la guerra; pero á la sazón pareció una quimera el tal proyecto, y Bonaparte propuso pasar al Austria por el camino de Italia, buscando por este medio un nuevo campo y nuevos enemigos, y conquistando una provincia que podría trocar en la paz por los Países-Bajos. Francia tenía para sí todas las barreras italianas cuando Napoleon, habiendo sustituido á Scherer en el puesto de general en jefe, pensó que de una vez se debía prescindir de toda guerra sistemática, dirigiendo los golpes contra Austria, alma de todos los movimientos de los príncipes italianos, y escitando contra ella el sentimiento nacional de Italia (2), pues espulsados los austriacos del

(1) Para consolidar aun más lo que escribe nuestro autor acerca de la ostentación de liberalismo que hacia el jóven Bonaparte antes de estallar la revolución francesa, vamos á narrar lo que sigue:

Admitido en una academia que se reunía todas las semanas en casa de Raynal, escribió una disertación en sentido puramente democrático, en la que hablaba de los derechos del hombre, de la excelencia del gobierno republicano, de la opresión en que yacían los pueblos y de otras cosas semejantes con entusiasmo y hasta con exaltación. Cuando llegó á ser primer cónsul, época en que ya habia concebido por cierto el gran proyecto de ceñirse las sienes con la corona imperial, á pesar de que hacia alarde todavía de ideas liberales, Talleyrand, uno de sus mayores aduladores, tuvo la habilidad de proporcionarse la disertación de que hemos hablado y la presentó á Bonaparte, creyendo que éste la recibiría como un obsequio hecho á su persona y á sus principios; pero Napoleon acogió friamente aquel escrito, y tirándolo á un rincón de su mesa dijo á Talleyrand: "Echemos en olvido esas puerilidades."

[Nota del traductor.]

[2] Propagando los principios de la libertad en Génova y en el Piamonte, y encendiendo el fuego de la guerra civil, se sublevará el pueblo contra nobles y clérigos, y recaerá en nosotros la

territorio podía darse todo por concluido. En efecto, al partir para el ejército, prometió que dentro de tres meses estaría en París como vencido, ó como vencedor en Milan.

El Piamonte le cerraba entonces el paso con veintidos mil soldados bajo el mando del general Colli, y Austria lo aguardaba con treinta y seis mil á las órdenes de Beaulieu, que á su experiencia de anciano unía el ánimo de jóven; pero los celos entre uno y otro impidieron que obrasen de acuerdo. Napoleon encontró en Niza (26 de Marzo de 1796) treinta y seis mil franceses en una situación lastimosa: sin ropa, sin dinero, sin caballos, sin víveres, pero con valor, constancia y energía republicana y con valientes capitanes, como Massena, hijo del mismo Niza, el espadachín Augereau que sabia infundir su valor á los soldados, el bizarro é instruído Laharpe, suizo, el bravo y metódico Serrurier, y Berthier eminente en punto á detalles y en lo que se llama con palabra técnica militar golpe de vista. Bonaparte, dándose el aire de primero entre iguales, aunque era el más jóven de todos, dijo: "Soldados, estais mal vestidos, mal alimentados, y el gobierno, que todo os lo debe, nada puede hacer por vosotros. Yo os conduciré á un nuevo Eden, donde hay dehesas fértiles, grandes ciudades, opulentas provincias, donde os esperan honor, gloria y riquezas."

Á los generales distribuyó á razón de cuatro luises por cabeza: tal era el estado lastimoso en que se hallaba aquel ejército. Bonaparte después de haber vencido en Montenotte (Abril de 1796), desembocó por el paso de Millesimo sobre el centro enemigo, separó á los austriacos de los piamonteses, cayó sobre éstos, y en Cherasco publicó esta proclama: "Pueblos de Italia, el ejército francés viene á quebrantar vuestras cadenas; el pueblo francés es amigo de todos los pueblos; salid á su encuentro. Vuestras propiedades, vuestras costumbres, vuestra religión serán respetadas; haremos la guerra como enemigos generosos, y tan solo contra los tiranos que os tienen esclavizados."

Fué entonces cuando concedió un armisticio al monarca de Cerdeña, el cual, habiendo perdido la esperanza de ceñirse las sienes con los laureles del triunfo, se sometió á

responsabilidad de los escoscos que acompañan siempre semejantes luchas, llegando por el contrario al Adige, nos hallaremos en el caso de proclamar los principios de la libertad, y escitar el patriotismo italiano contra la dominación extranjera. Entonces no nos veremos precisados á fomentar la división entre las diversas clases de los ciudadanos, pues nobles, estado llano y campesinos, todos marcharán de acuerdo para reestablecer la patria italiana. La palabra Italia, Italia proclamada desde Milan hasta Bolonia, producirá un efecto mágico; proclamada en las orillas del Tesino, los italianos dirán: "¿Por qué no avanzais vosotros?"—Napoleon, *Campagne d'Italie*.

Francia cuya esclavitud era preferible á la de Austria por ser menos odiada. En esta circunstancia Bonaparte exigió como condición las fortalezas de Como, Alejandría y Tortona, camino franco y subsidios hasta Francia. Después, con su ejército bien mantenido, con la artillería que habia tomado, con los voluntarios que se le habian unido, "alcanzadas, como decia en su proclama al ejército, seis victorias en quince días, tomados veinte buques, cincuenta y cinco cañones y muchas plazas fuertes, hecho quince mil prisioneros, ganado batallas sin artillería, pasado rios sin puentes, ejecutado marchas sin zapatos, vivaqueado sin gota de agua, y á veces careciendo de pan," penetró en los pingües valles de Lombardia y en terreno proporcionado á la fuerza del ejército. Francia repitió á una voz las alabanzas del héroe hasta entonces desconocido; Italia se quedó suspensa entre la ansiedad y el estupor, y á decir verdad, aquellas campañas que desviaron á los franceses de la anarquía y concluyeron substituyendo á los males de la libertad los de la gloria, son un pomposo episodio para toda Europa y forman una historia de las más importantes para los italianos.

Cuando el peso de importunas memorias oprimía á Bonaparte, desterrado en Santa Elena, se complacía fijando su pensamiento en las campañas de Italia, y con remordimientos mal disimulados conocía el bien que habria podido hacer á nuestra patria, siendo su hijo natural como nosotros; siendo el brazo de un gran pueblo liberal; siendo capaz de conocer el poder de la union y la eficacia de la libertad bien ordenada. Sin embargo, cuando ya no tenía aduladores, se adulaba á sí mismo, y como aquellos, volvía los ojos tan solo á la gloria militar.

Los muchos que alimentaban el deseo indestructible de ver á toda Italia unida en un cuerpo de nación poderosa, lo esperaban todo de la conquista, y tanto más, cuanto que ésta procedía no ya de monarcas ambiciosos, sino de un pueblo libre y libertador. Los que habian leído las obras de los enciclopedistas y después los periódicos, formando parte de sociedades masónicas y apreciando en su verdadero valor las innovaciones de sus príncipes, solo de la república se prometían el bien. La turba, siempre deslumbrada al aspecto de la fuerza, se quedaba en suspenso ante tan súbitas victorias, y amaba en Bonaparte á un héroe italiano. Pero los clérigos, los frailes, los nobles, fuertes entre nosotros por su influencia, aun después de perdidas sus prerogativas, odiaban las invasoras novedades y esparcían entre el pueblo un profundo terror hácia los regicidas, los terroristas, los destructores de los tronos y de la fe. El tiempo vino á demostrar quién habia visto más claro.

El Directorio habia pensado conquistar la Lombardia, no para libertarla sino para darla al Austria en cambio de los Países-Bajos